

Páginas rescatadas

A cargo de Jorge Domingo Cuadriello

Soledad de Cuba

Por LUIS AMADO BLANCO

Tal vez excesivo lo de “soledad de Cuba”, pero en lo justo, “soledad de La Habana”. Frente al mar, con su largo malecón como una firma de testamento, con su Morro alto para los adioses de los barcos que se van hacia otras tierras, con sus viejos castillos mirando la actualidad desde su ciega piedra y su negro río de automóviles por las calles, procesión hacia el mar del hacer y acontecer para la vanidad de las costumbres. Como se quiera, pero sola, sin nadie a pesar de la mucha gente, de sus absurdas aglomeraciones, de sus codazos por las aceras donde nadie se mira al pasar porque todos tenemos demasiada prisa.

- Qué hay.

- Qué hay.

Y hacia delante, una sonrisa, tan sólo para que no se nos muera la boca de tan poca palabra.

Hay una ciudad alegre y soleada para los turistas, para los frívolos, para los ingenuos. Una ciudad que oye tocar los tambores y se muere de risa mientras le late, rítmica, la cintura, y se le abre la boca en una mueca de muchos dientes blancos como el mármol. Y otra Habana que se duerme en la flauta blanca de los antiguos danzones y de los valeses extranjeros para la añoranza del viejo mundo. Como se quiera, pero La Habana, nuestra Habana, nuestra capital vive sola con unos habitantes que no sueñan por soñar demasiado en la terrible soledad de su vértigo extraño. Una ciudad explosiva, como la pintó aquel gran pintor que se llamó Ponce, en medio de un volcán de luz, dentro de cuya luminosa ceguera el hombre no sabe del amigo, ni el escritor de su compañero, ni el niño de la mano dulce por el paseo cansado del atardecer hacia el hogar lleno de rumores. Una ciudad de desconocidos que se identifican por el traje y hasta por la corbata, por el andar y el manoteo, pero jamás por el intercambio de los pensamientos. Una ciudad cruzada y entrecruzada de ruidos y más ruidos, para que el torbellino de su fuego se sume al otro torbellino de la sordera peor, donde la sonoridad no tiene matices y por lo tanto pausas y por lo tanto susurros.

- Qué hay.

- Qué hay.

Y hacia lo que sea, sin sosiego, para el consumo rápido del hoy, sin la crónica del tiempo en la añoranza del ayer que se nos consume entre las manos.

No, no exagero, ni estoy pesimista, ni tengo la frente arrugada de preocupaciones. Es la verdad, la única verdad verdadera por mucho que nos engañemos y vendamos postalitas de colores y maracas a los turistas. Por las noches, al terminar mi diaria tarea y encaminarme hacia casa en busca de la comida, voy a una barra a tomarme un trago de consuelo, remate del fin de la jornada, paréntesis a la faena extinguida. Una barra, no, cinco, diez barras, en cinco o diez días, pero

todas lo mismo. A mi alrededor un público que grita lo que no me importa, y un caballero a quien no conozco y pretendo contarme su vida en alta voz para que lo oigan algunos clientes más, tan desconocidos como yo, tan distraídos como yo, tan en lo suyo como yo mismo. Delante del local un público trajinante espera la guagua con nerviosidad, dando cortos paseítos de ida y vuelta. Y todos sus componentes pretenden hablar entre sí sin conseguirlo, por el mucho aire que le dan a su voz para el mítin de todos ellos. Un diálogo entre sordos de la peor sordera por el distanciamiento de la mayoría. Bien es verdad que pululan entre el grupo o los grupos, algunas parejas muy juntas, mirándose a los ojos para la esperanza del mañana, pero eso no cuenta, pura biología, canto de la especie ya que la vida debe continuar a pesar de los pesares, a pesar de todos los barullos del mundo.

- Qué hay.

- Qué hay.

Y cuando podemos enhebrar la aguja con alguien, cuando podemos conseguir que algún otro nos escuche, el monólogo a voz en grito para resarcimos de la poca conversación de tantas y tantas horas con nosotros mismos, o mejor aún, sin nosotros incluso, en la brega del frijol con arroz blanco.

Vamos cayendo por todo esto y mucho más, en la inútil oratoria de la charla, en la terrible oratoria de la literatura, en el predicar nuestra agonía para todos los oyentes posibles en el desierto de arena. ¿Cuántos cronistas escriben sobre la intimidad de las cosas, sobre la raíz del alma en lucha contra el medio, sobre el pequeño detalle de la circunstancia que pasa? El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Demasiados doctores, demasiadas lecciones, demasiada pedagogía. El hombre que habla en voz baja a otro hombre, es porque sabe que lo escucha, porque no teme que se le vaya el oído alerta, porque está seguro de intercambiar su problemática con la problemática de sus semejantes. El hombre que grita es porque teme a la soledad y anhela sojuzgarla, imponérsela, detenerla, maniatarla para agotar la mucha agua de su fuente. Porque teme quedarse solo y pide auxilio. Porque no le importa que le respondan, ya que lo primero y principal es la catarsis de su propio pensamiento. No vale que nos engañemos. Una ciudad bullanguera y gesticulante para los turistas, pero una ciudad de sombras, por debajo, que se superponen sin tocarse en busca del personal camino de su existencia. Podemos seguir vendiendo postalitas de muchos colores para los extranjeros de pocos días. Y maracas, y hasta castañuelas que no tocamos jamás para nuestro baile. Pero solos, muy solos dentro del ruido y de la explosión de la luz, hacia la nada.

- Qué hay.

- Qué hay.

Luis Amado-Blanco (Asturias, 1903-Roma, 1975). Poeta, narrador, periodista, teatrero, odontólogo y diplomático. En 1936 se estableció en La Habana. Durante casi veinte años fue periodista del diario *Información*, además de colaborador de varias publicaciones cubanas. Entre sus obras se encuentran los poemarios *Claustro* (1942) y *Tardío Nápoles* (Madrid, 1970), el volumen de cuentos *Doña Velorio* (1960) y la novela *Ciudad rebelde* (Barcelona, 1967). Recibió varios premios, entre ellos el de cuento Alfonso Hernández Catá y el de periodismo Justo de Lara. Después de 1959 integró el cuerpo diplomático cubano y al morir era el decano de los embajadores ante la Santa Sede. El presente artículo vio la luz en la página B-2 del número de *Información* correspondiente al 16 de enero de 1952.